

LA SPECOLA VATICANA DE CASTEL GANDOLFO

Pocos atractivos suelen encontrar los astrónomos en las ciudades populosas. En lugar del bullicio y tropel de las multitudes que se agitan en los grandes boulevards, el astrónomo prefiere la soledad de las colinas y la tranquilidad del despoblado. En lugar de la luz difusa que se cisne sobre las grandes ciudades, procedente de los focos potentes del alumbrado público, el astrónomo prefiere la oscuridad completa del espacio, atravesado solamente por la luz de los astros cuya naturaleza pretende descubrir. En siglos pasados, cuando los metodos fotográficos y espectroscópicos eran desconocidos y las vías de comunicación eran menos frecuentes, los observatorios solían estar enclavados en las grandes urbes: hoy día no nos sorprende ver montes coronados con observatorios, como Mt. Hamilton y Mt. Wilson, ni nos admira encontrar templos consagrados a la astronomía en las mesetas de Arizona o del Perú. Los jardines del Vaticano, la antigua torre Gregoriana, la monumental torre Leonina, el villino de Leon XIII prestaron sus servicios a la astronomía y sirvieron de asiento a la Specola Vaticana en aquellos años, cuando el Vaticano permanecía como aislado de Roma, pero cuando la gran urbe comenzó a extenderse en todas direcciones y el sistema del alumbrado público comenzó a robar a las noches del cielo de Roma la oscuridad que el estudio de los astros requiere, concibióse la idea de fundar una sucursal de la Specola Vaticana, aunque fuese fuera de Italia, en clima más ventajoso y bajo un cielo nocturno por lo menos tan despejado y mucho menos esplendoroso que el de Roma. De personas bien informadas he oído que el malogrado P. Juan Hagen lamentaba mucho el deterioro del cielo de Roma por razón